

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

DIRECTOR

AÑO LXXII.—NÚM. 4

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

D. Práxedes Zancada y Ruata

8 DE FEBRERO DE 1901

UN CAFÉ-CONCERT DE PARÍS



LE MOULIN GALETTE

SUMARIO

GRABADOS.—Un café-concert de París.—S. A. R. la Princesa de Asturias.—Don Carlos de Borbón.—Las vestales huyen de Roma al aproximarse los galos.—Bolsa de Madrid: Salón de contrataciones.

TEXTO.—Crónica, por Daniel Collado.—O Ponte do Porco, por Augusto Vázquez Barreda.—Cuadro madrileño, por Manuel A. Urquía.—Los futuros cónyuges.—«Electra», por Práxedes Zancada.—Banquete.—En la Vega, novela por José de Laigü.—A una mujer, por Luis Brun.—Alborada, por Eduardo Tejerina.—Llorares, por Mariano Marzal y Mestre.—Las noches del Real.—El símbolo, por Vinagrillo.—Coplas mías, por Alberto Valero Martín.—Notas de sociedad, por Un servidor de ustedes.—Notas de sport, por Juan José López-Serrano.—Reclamos y anuncios.

CRÓNICA

A la vez que en todos los templos del Reino Unido se elevan preces por el descanso eterno de la reina Victoria, y en muchos hogares de la Gran Bretaña se la dedica una oración, el plomo y el hierro, la fiebre y el hambre, continúan segando vidas en el Africa del Sur.

Mal se avienen los cantos religiosos con los gritos y las imprecaciones del combate; mal se compaginan las tristezas que invaden los corazones ingleses, con los brutales procedimientos que emplea en la guerra el general lord Kitchener.

¿Mas de qué extrañarnos?

Cuenta la fama, aseguran los apologistas de la reina Victoria, que nunca fué ésta mujer de instintos belicosos; nos ha dicho la prensa que la difunta soberana vió siempre con pena la guerra injusta que sostenían sus armas en el Transvaal.

Sin embargo, los restos mortales de esa reina, de esa mujer que jamás trató de emular las hazañas de la heroína de Orleans, han sido paseados por las calles de Londres sobre la cureña de un cañón.

¿Por qué se ha utilizado como carroza fúnebre un instrumento de guerra?

Acaso el hecho no tenga la significación que algunas gentes se empeñan en atribuirle; tal vez ese extraño vehículo no simbolice lo que ha de ser el reinado que se acaba de inaugurar.

Aplacemos, pues, todo juicio, porque no ha de transcurrir mucho tiempo sin que sepamos á ciencia cierta si el nuevo monarca desea hacer un alto en la política de absorción que en los últimos años ha seguido la Gran Bretaña, ó continuará escitando el delirio de grandezas de que están poseídos la mayor parte de los hombres que intervienen en la gobernación de aquel país.

Depositados en el mausoleo de Frogmore los restos de Victoria I; acallados los cantos funerales; vueltos á la vida normal los directores de la política inglesa, desaparecerá la incógnita y podremos formar opinión, no sólo de los propósitos de Eduardo VII, sino de los que animen á su poderoso sobrino el emperador de Alemania.

* * *

El entusiasmo con que ha sido acogido por el público y por la prensa el drama *Electra* de don Benito Pérez Galdós, demuestra bien á las claras que la España liberal (i ya era hora!) empieza á preocuparse seriamente de la amenaza que para las libertades públicas, conquistadas á costa de tantos sacrificios, constituyen en nuestro país los elementos reaccionarios.

Contando éstos, no sólo con la protección ó la tolerancia de los gobiernos, sino con la censurable indiferencia y escepticismo de los demócratas, tanto han avanzado y tan seguros se han llegado á considerar, que no hay obstáculo ni freno que en su camino les detenga.

Apoderados de la enseñanza, que tan decisiva influencia ejerce en la vida de los pueblos modernos; dueños de cuantos resortes necesitan para medrar sin experimentar descalabros las grandes empresas, nos han aprisionado en una red tan inmensa como fuerte, y para destruirla será preciso mucha fe, mucha abnegación y mucha perseverancia. Ahora que el toque de atención está dado, á la España liberal le toca decidir.

No se trata de suscitar una campaña religiosa; se trata de romper las ligaduras que nos atan de pies y manos, impidiéndonos marchar á la altura de los demás pueblos de Europa.

En cuanto á la obra, que tan eficazmente está contribuyendo á que la conciencia nacional despierte y recobremos la fe perdida, en otro lugar de este número se la dedica la preferente atención que merece.

Galdós, con su talento indiscutible y ferviente patriotismo, acaba de prestar á la sociedad española uno de esos servicios que nunca deben olvidar los pueblos.

Tengan esto presente los españoles, y procedan con Galdós con arreglo á lo que el gran literato merece.

* * *

Ha muerto Verdi, el único coloso del arte musical que, como ha dicho un periódico, permanecía en pie. Verdadero genio del pentágono, su *Traviata*, su *Rigoletto* y su *Aida*, vivirán tanto como vivan los admiradores del divino arte.

Hombre de fe inquebrantable y de voluntad no menos firme, ambas cualidades contribuyeron al triunfo definitivo del músico italiano, pues durante los primeros años de su carrera experimentó no pocas contrariedades y reveses.

Su talento se impuso al fin, y ha sido un digno continuador de las gloriosas tradiciones de aquellos maestros que se llamaron Rossini, Bellini y Donizetti.

* * *

Durante los últimos días, la inmensa mayoría de los madrileños hemos estado á punto, no de caramelo, sino de tostón.

Los cables eléctricos, en connivencia con el viento y la nieve, han ocasionado algunas desgracias y bastantes pérdidas.

¿A quién culpar? A todos.

A las empresas, á las autoridades y al vecindario.

A las empresas, por el incumplimiento de las leyes; á las autoridades, porque no las hacen cumplir, y al vecindario porque no da jamás señales de vida.

Si las diera, no le tratarían sus representantes con el desdén que acostumbran á hacerlo.

Para que las empresas de los tranvías cumplan los compromisos que contraen, el público se basta y se sobra.

Vaya una idea (aunque sabemos que no ha de prosperar) por si se repite el espectáculo de los cables rotos.

En estos tiempos, la parte más sensible de todo individuo reside en el bolsillo; pues bien, si como puede ocurrir las empresas de los tranvías eléctricos no ponen cuanto esté de su parte para evitar el riesgo de los transeuntes, prescinda el vecindario de Madrid de aquellos carruajes, hasta que se le garantice su seguridad. El medio será demasiado radical, pero es infalible.

DANIEL COLLADO.

O PONTE DO PORCO

(TRADICIONES ESPAÑOLAS)

A la espiritual señorita, mi bella amiga, Manuela Reija.

—Laura, hermana mía—exclamó Fernán con reticencias de duda,—¿será posible que tú, hija del conde de Andrade, señor de Puentevedume y Ares la Graña, te enamores de un pajezuelo? ¿No ves que es indigno de tu cariño? ¿Quieres matar de pena á nuestro anciano padre?

—No, Fernán; los hombres no saben qué es amar; cifráis la dicha en hacer huir la morisma ante vuestro caballo de batalla, como ante el cazador huyen las liebres. Mas dime: ¿tú no has visto, en día de San Yago, una hermosa plebeya adornada con sus mejores galas? ¿No has sentido latir tu corazón al cruzar tu mirada con la suya? ¿No te ha deslumbrado nunca su ingenua rusticidad?

—Antes me arrojara á los campos de batalla, que, á fe mía, no faltan.

—Fernán—interrumpió Laura con dulcísimo acento,—tú no sabes qué es amor...

—Pero ¿es que ha de ser como tú dices? ¿Por qué no has de querer á Osorio? Joven, valeroso, marqués de Villafranca... Ese es digno de tí...

—¿Que es digno de mí?... Si mi corazón no palpita gozoso cuando le veo; si no es dueño de mi alma... no...

—Basta. Yo te prometo he de hacer te olvides de ese pajezuelo...

—Fernán, no me hables así, que me haces daño—dijo Laura casi sollozando...

Fernán se dirigió hacia la puerta, y ya en el umbral, con acento mezcla de amargura y de cariño:—¿Sí ó no?—preguntó.

Laura rompió á llorar. El la miró un momento; se pasó la mano por la frente como si quisiera arrancar alguna idea, y de pronto salió, encaminándose con paso decidido al patio del castillo.

—Pronto—gritó al llegar,—que venga Rojín. Búscale, Pero.

Este desapareció por un ancho corredor, y volvió solo al cabo de media hora.—Señor—dijo, limpiándose con el dorso de su velluda mano el sudor,—no parece; le he buscado en los patios, las cocinas, las cuadras; he indagado, y no me han sabido contestar. Gonzalo, el guarda del rastrillo, dice que no ha salido.

Entonces por el mismo sitio que apareciera Fernán entró Rojín. El noble, mordiéndose de ira los labios, gritó:—¿Es esa la manera de estar aquí? ¡Voto al cielo!

—Señor, estuve...

—¡Oh, bien lo sé!—interrumpió Fernán alzando impetuosamente el brazo... El paje detuvo con hercúlea fuerza la bofetada que le amenazaba...

—¡Vete!—gritó en el paroxismo de su indignación Fernán.—¡Fuera de esta casa! ¡Vete, y da gracias á Dios de que no te hago colgar de una almena!

Rojín miró al noble cara á cara, y en sus ojos brilló fugitivo un relámpago de altivez...—Está bien—murmuró.

II

Las trompas de caza dejan oír sus broncos sonidos. En el patio del castillo se ve los preparativos de una cacería. Los lebreles, atraillados, ladran impacientes. Los caballos relinchan y piafan esperando á sus jinetes. Los monteros, reunidos en grupos, charlan en animada conversación.

—¿Y Rojín, qué habrá sido de él?—exclama Jaime, el montero mayor.—No le he vuelto á ver desde el día en que nuestro amo le dió libertad.

—¿Pero tú sabes por qué le prendió el conde?—pregunta uno que sujeta con robusta mano dos hermosos perros.

—Chist, habla más bajo—contest Jaime.—Os acordáis de que lo echaron; pues bien, Laura, á las pocas horas, pidió que lo admitieran; el conde afeóla su cariño, y la dijo que si no se casaba con el que hoy es su esposo, el marqués de Villafranca, haría un escarmiento; prendió á Rojín Rojal, se enteró Laura, y llorando á lágrima viva fué á pedir su libertad á trueque de su casamiento. Se casó, y Rojín fué libre; pero le costará la vida á Laura. ¿No veis qué delgada está? ¿No habéis notado en sus ojos la huella de las lágrimas, y en su semblante, emaciado

Por el dolor, un sello indefinible de tristeza? Juana, su camarista, me ha dicho que se pasa las horas enteras llorando... Mas ya vienen; callemos.

Efectivamente; por el ancho corredor que conducía á la poterna aparecieron el conde, Fernán, su hermana y el marqués. El conde se acercó á Jaime.

—¿Sabes—le preguntó—dónde está ese jabalí?

—Señor, esta mañana le vieron á orillas del Bajoy. Por allí ha sido donde han encontrado la muerte dos de vuestros servidores...

—Bien; guía hacia allá.

Las trompas dieron la señal de partida, y la comitiva se puso en marcha con silencio, sólo interrumpido por el ladrar de la jauría. El malestar de los amos influía en la servidumbre. Poco á poco se internaron en las montañas del Verman, y quedaron solos Laura y Enrique. —Apeaos, señora—exclamó este último; —muy cerca de aquí podréis hablar á vuestras anchas.

Laura obedeció. Enrique tomó los caballos del diestro y se dirigió hacia un puentecillo, sobre el Eume.

—Os escucho. Decidme qué causa vuestra tristeza, que me parte el corazón, porque veo en ella bien claro una negativa á mi cariño—dijo el marqués con amargura.

—Dejadme; no indagéis el motivo. ¿Por qué, si á vos me he unido, he de daros mi infelicidad?

—Laura, no me creáis tan egoísta que supedité vuestro amor á mi dicha. Decídmelo si alguna estimación os merezco...

Ella bajó la vista y rompió á llorar. El la cogió una mano, que llevó á su boca para estamparla un beso.

—¿Lloráis, señora? ¿Qué os aflige? ¿Soy yo la causa de vuestro tormento?—Laura no contestó. Sólo se oía á lo lejos las trompas de caza, los gritos de los monteros animándose y los ladridos de los canes, cada vez más cerca.

En el rostro del marqués se pintaron la duda y la desesperación, y arrojando con violencia la mano que estrechaba entre las suyas:—Señora, no sé la causa; pero la adivino... Seréis...

Laura levantó bruscamente el rostro. Su nobleza se sublevó oyendo aquel acento despectivo... Una súbita expresión de espanto se reflejó en su semblante...

—¿Defendéis, Enrique!—gritó.—¿El jabalí!

Enrique miró al otro extremo del puente y le vió. Jadeante, rendido por el acoso, estaba allí, firme sobre sus remos, el corpulento animal, resoplando, castañeteando sus fauces, mientras sus ojillos brillaban inusitadamente en el fondo de sus cuencas erizadas de pelos cerdosos. De pronto arremetió contra Enrique con el ímpetu de la fiera acorralada en su cubil... El choque fué tremendo... El jabalí se detuvo, y en aquel intervalo Enrique se arrojó al río. La bestia se revolvió sobre sus patas, furiosa porque se le escapaba la presa... Vió á Laura... Un grito de indefinible angustia se oyó, y después... el patear violento de la fiera, el crugido de ropas y carnes desgarradas, sangre que salta caliente...

Un hombre apareció por entre los brezos y los jarales, y al ver aquello se lanzó hacia ella como el torrente al abismo... La fiera retrocedió asombrada, y emprendió de nuevo su carrera. El cayó de rodillas al lado de ella.—¿Laura, Laura, soy yo, tu Rojín! ¿No me oyes?—dijo ahogándose, mirando á todas partes con la vista extraviada.—Ha muerto—murmuró, é incorporándola le dió un prolongado beso.—Yo te vengaré, mi Laura. ¡Veremos si todos esos que no han servido para defenderte servirán para vengarte!

Los primeros monteros entraban en el puente.

III

Cuatro hombres, de los que tres montan sendos corceles, caminan en dirección al Eume, dando la batida diaria por aquellos alcóres; los monteros y cazadores se han puesto en movimiento, impulsados por el acicate del fabuloso precio que se ha puesto á la cabeza del jabalí.

Sólo se ha logrado aumentar las víctimas, y ya la bestia va cobrando fama de endiablada.

La comitiva emboca el «Ponte do Porco», y de pronto espolean vivamente á los caballos. Allí está el jabalí, rígido, tumbado sobre un charco de sangre coagulada.

Los tres caballeros se miran, y el de más edad exclama:—¿Véis, marqués? Lo han muerto, y aquí, en donde mató, y no hemos sido nosotros. ¡Qué vergüenza!

—Padre—exclamó otro,—por falta de alientos no ha quedado.

—Quizás—murmuró el conde con amargura irónica.—¿Qué miras, Jaime?—preguntó á su montero, inclinado sobre el jabalí.

—Señor, esta cuchillada es maestra. Revela una sangre fría, pasmosa, un valor extraordinario y un brazo de hierro. No conozco otro que...

—Habla, dí, ¿quién es? Se alojará bajo mi techo...

—Señor, yo no afirmo en absoluto. Quizás esto aclare un poco—y Jaime dió dos ó tres pasos y arrancó del piso del puente un puñal, una cruz pequeña...

—Ha sido él—murmuró.

—¿Quién es?—dijo el conde,—un puñal con dos R. grabadas.

—Padre—murmuró Fernán sombríamente,—cuando se quiere, los plebeyos son los nobles; ese puñal es de Rojín Rojal; no recogerá el premio...

—¿Rojín! Y bien, será para los pobres. ¡Ah, si Rojín fuese noble!...

—Quizás no fuera así...

—Tal vez—murmuró el conde descubriéndose para rezar por su hija. Los demás le imitaron, y en el silencioso murmurar del campo, sólo se oyó, lento y majestuoso, un «Padre nuestro que estáis en los cielos...»

AUGUSTO VÁZQUEZ BARREDA.

CUADRO MADRILEÑO

I

Fueron vecinos desde niños.

Ella iba á la fábrica y con sus ligeros dedos envolvía más pitillos que ninguna de su rancho.

Todas sus compañeras la querían, la envidiaban, por su sencillez y su hermosura.

Trabajadora como pocas, ni un solo día faltó al taller, pues no contaba con más medios de vida que su escaso jornal para sostener á la pobre vieja, cigarrera también, pero ya imposibilitada para trabajar á causa de los achaques y los años.

Al declinar la tarde, venía presurosa, daba un beso á su anciana madre, echaba una mirada á la cena, dos ó tres al espejo, se arreglaba un poco y á esperar á su Tomás.

Era éste un albañillo de rostro picaresco y tez morena que, con la boina echada un poco hacia atrás y descansando ligeramente sobre el lado derecho, era la pesadilla de más de una muchacha de su barrio.

Al aparecer Tomás con su blanca blusa salpicada con abundantes manchas de yeso y colgado del brazo el clásico taleguillo del almuerzo, sentía ella ese escalofrío del querer, tan difícil de describir, porque sólo puede explicarse cuando se siente.

Al recoger el puñado de pitillos que la muchacha le entregaba sonriendo, en premio de su puntualidad, chocaban sus manos, y ante aquel contacto sus almas se fundían en una, y absortos, mudos, ensimismados, dejaban asomar á sus ojos el fuego del amor en que se abrasaban sus nobles corazones.

II

Los pañuelos de Manila con sus vivos colores y pintorescos dibujos, envolvían el cuerpo de hermosas mujeres; las flores colocadas con gracia sin igual en la cabeza, embalsamaban el ambiente; un sol primaveral derramaba torrentes de luz sobre la alegre comitiva, que penetró en la iglesia con cierto desorden, sirviendo de guardia de honor á la gentil pareja.

Dióles el cura su bendición y una vez en la calle, parientes, amigos y convidados se apresuraron á felicitar á los novios, deseándoles dichas sin fin, ventura eterna.

Un modesto sotabanco, claro, ventilado y limpio como el oro, fué su nido.

Su ajuar le componían algunos muebles de pino blanco y veteados.

Un pajarillo aprisionado en flamante jaula y dos macetas de olorosa albahaca, adornaban el marco

de la ventana, por la cual entraban el aire y la luz, llenando de alegría la vivienda.

Sobre la barnizada cómoda, reflejaba el espejo un trozo de cielo azul, símbolo de la dicha que allí se albergaba.

Transcurrieron velozmente los días que, si son largos para el que sufre, son siempre cortos para el que goza, y al cabo de muchos, envuelto entre un girón de encaje, Dios su vecino les envió un ángel, que llenó de contento aquel santo y tranquilo hogar.

III

Con su niño al brazo, cubierta la cabeza con el pañuelo de seda de pintados lunares, ceñido al cuerpo el tupido mantón, por entre el cual asomaba una cabecita cubierta de guedejas de oro, en el brazo derecho la cesta de amarilla y reluciente paja, con ese andar característico y peculiar tan sólo por lo menudo y rítmico de la mujer madrileña, marchaba airosa y satisfecha la gentil obrera á llevar la comida á su hombre.

Más de una vez, algún señorón enamorado siguió los pasos de la menestrala; pero al llegar cerca de la obra y ver el cuadro que ante sus ojos se ofrecía, no pasaba adelante.

Que al extender sobre el suelo aquel mantel limpiísimo, al volcar sobre la azulada fuente el apretado arroz teñido por el sabroso azafrán y perfumado por la olorosa yervabuena, al contemplar á la feliz pareja que en santa paz se disponía á devorar la frugal comida, el antojadizo burgués refrenaba su carnal apetito y acaso alguno hubiera cambiado de buena gana su opíparo almuerzo por aquel modesto plato.

IV

Una tarde, el golpeteo acompasado y rápido de la máquina, indicaba que la obrera cosía.

De vez en cuando, canturreaba la canción más en boga ó se oía el chasquido de un beso estampado con fuerza en las sonrosadas mejillas del pequeñuelo.

De pronto, resonaron en la estancia algunos golpes secos dados en la puerta.

Se abrió ésta, y dos hombres con las blusas manchadas de yeso y de pintura penetraron en la habitación.

Con entrecortada y torpe voz, pronunciaron algunas palabras que, aunque estudiadas de antemano, no pudieron causar el efecto que se proponían.

—¿Y mi Tomás?—exclamó la mujer con angustiado acento.

—No es nada—balbuceó uno de aquellos hombres.—Un golpe... una caída... ¿quién sabe!...

Desencajada, convulsa, delirante, echó á correr escaleras abajo.

Con paso vacilante, destrenzada la rubia cabellera al golpear con sus febriles manos la ardorosa frente, moviendo á compasión á cuantos la encontraban, llegó por fin junto á un corro de gente que se agolpaba ante la valla de la obra.

Abrióse paso sin esfuerzo, pues los curiosos, adivinando quién era, se apartaban con respeto y lástima para dejarla pasar.

Sus ojos desmesuradamente abiertos, se fijaron en un cuerpo que, medio oculto entre un montón de astillas y de escombros, aparecía rígido, yerto, en esa postura que sólo es propia de la muerte. El rostro contraído, amoratado; la agonía, en fin, con todos sus horribles detalles.

Un grito, una mujer que vacila y cae y dos seres que son conducidos al hospital, entre los brazos y las lágrimas de sus compañeros de trabajo y de infortunio.

V

Cubierta de harapos, jadeante y escuálida, de la hermosura de aquella mujer quedan tan sólo dos ojos negros velados por largas pestañas que, con su sombra, acentúan más la tristeza de aquel rostro pálido. Sobre su descarnado brazo y recostando la carita en el pecho, descansa un chiquitín, que más parece atrevido boceto de genial artista, que humana criatura.

Si la encontráis á vuestro paso, tendedla la mano con cariño.

Es la infeliz obrera que, triste y resignada, camina con su cruz, esperando tal vez en vano que la justicia humana alivie sus pesares.

MANUEL A. URQUÍA.



S. A. R. LA PRINCESA DE ASTURIAS

Los futuros cónyuges

La Princesa de Asturias

La Princesa de Asturias es una encantadora joven tan bella como bondadosa. Educada con singular acierto por S. M. la Reina, reúne todas las virtudes y atesora todas las perfecciones.

Ingenua y sencilla S. A. R. Doña María de las Mercedes, es la Princesa de sangre española que muestra en todos sus actos la pureza de sus elevados sentimientos.

Se enlaza por cariño con el elegido de su corazón... ¡Quiera Dios hacerla tan dichosa como se merece! ¡Quiera Dios dar á nuestra gentil Princesa una ventura ilimitada, eterna!

D. Carlos de Borbón

Digno es por todos extremos D. Carlos de Borbón, Príncipe de Caserta, de ocupar el puesto que el destino le depara.

De régia estirpe, joven valeroso é instruído, amante de España, por la que ha luchado con denuedo en los campos de batalla, dotado de singulares prendas, D. Carlos de Borbón se ha gran-

jeado ya por su modestia singular la estimación y el respeto de todos los españoles.

Defensores entusiastas fuimos de su candidatura. Hoy que vemos próximo á realizarse lo que fué nuestro constante anhelo, sentimos un placer inefable, y abrigamos la confianza de que el próximo enlace reportará beneficios á este país, y hecho por el amor, será éste una garantía de sus resultados felices.

P. Z.

TEATROS

ELECTRA

Memorable triunfo obtuvo Galdós en la noche del 30 de Enero. Pocas ovaciones hemos presenciado nunca tan estruendosas. Las llamadas á escena fueron innumerables, y no contento gran parte del público con aclamar de modo entusiasta al autor, le acompañó en ruidosa manifestación hasta su casa.

Es indudable que al éxito contribuyó en gran parte la tendencia y el pensamiento de la obra, con la que se propuso Galdós—según ha decla-

rado en una *interview* celebrada con un redactor del *Heraldo* al día siguiente del estreno—contrastar el sentimiento liberal del país.

Y esa tendencia que informa la nueva producción de literato tan eminente es la que ha sido principalmente celebrada, sin que esto sea negar su valor literario. Se ha dicho, y ello es cierto, que hay escenas sespirianas de una grandeza conmovedora; pero en lo que ya no estoy conforme es en que «*Electra*» sea la mejor de Galdós, y como el fastigio de su gloria literaria. No; esto me parece una afirmación aventurada, y no sería yo el que la suscribiese. «*La loca de la casa*» y «*La de San Quintín*» ofrecen, á mi juicio, una estructura más armónica, una trabazón más lógica y regular entre todas sus partes.

Y he dicho ya y quiero repetir mi afirmación, que estoy conforme en que hay en la obra pasajes verdaderamente grandiosos. Aquel presentimiento de la maternidad, aquella ternura de *Electra* en el segundo acto, con el hijo de Máximo, que es como una revelación de la mujer que trueca la muñecas de cartón por los niños de carne, tiene un encanto poético lleno de suavidad y de dulzura. El alma de *Electra* se nos presenta en toda su ingenua espontaneidad, saturada de perfume, pero no del perfume místico de las espiritualidades religiosas, sino del perfume bravío de la Naturaleza vigorosa y fecunda. Son de gran belleza asimismo las escenas del tercer acto en que *Electra*, ansiosa de libertad, se escapa á casa de su primo Máximo, y sobre el escondrijo de la ciencia cae el rayo de luz de una alegría juvenil, que viene á probar al ingeniero que hay en el mundo algo superior á todas las lucubraciones y á todos los afanes: el amor, la manzana apetitosa que ofrece las jugosidades de su carne, y que espera sólo la mano que la arranque del árbol de la vida....

Pero en donde ha brillado de modo más poderoso el talento de Galdós, ha sido en el final del cuarto acto. Creo con *Zeda* que la emoción estética que produce es realmente profunda. Y constante que, si fuéramos á alambicar, pudiera decirse que no hay nada más ilógico que á una muchacha que pierde la razón se la lleve al convento; pero yo prescindo de lo que ven los ojos, y busco la idea representativa, el símbolo, algo que escapa á la retina y hiere el pensamiento. Y en la escena á que aludo contemplo de un lado los niños que llenan el jardín con sus canciones infantiles, impregnadas de gratos acentos; los niños que repiten á coro con sus vocecitas argentinas

Yo me quería casar
con un mocito barbero,
y mis padres me querían
monjita en un monasterio...

Y del otro lado la quietud rígida y silenciosa: las monjas vestidas de estameña, las negras tocas orlando sus rostros pálidos....

De un lado la luz, del otro la sombra. De un lado la vida bulliciosa; del otro la vida triste, sin alegrías ni dolores, la vida que parece muerte....

Electra se decide por ésta, pero es después de haber perdido la razón, y eso no es lo que constituye para mí el símbolo, la idea representativa que escapa á la retina y hiere al pensamiento.

Es Galdós enemigo decidido del fanatismo religioso. Por eso en muchas de sus novelas y sus dramas lo fustiga sin piedad, y lo presenta con negros colores para hacerlo repulsivo y execrable. Pantoja es un digno compañero de Doña Perfec-

ta y del Don Juan de «La fiera». Electra es una víctima como Gloria ó como Rosarito. Máximo, como Pepe Rey, es el hombre franco, sincero, de corazón generoso, que lucha frente á frente, y que cuando sucumbe es por la emboscada traicionera que le hiere en la sombra.....

Y no es irreligioso, no, el pensamiento de Galdós, como no lo era el de Molière al escribir su «Tartuffe», ni el de Moratín al concebir «La mogigata». Combatir la falsa piedad, no es combatir la religión; combatir la superstición, no es combatir creencias respetables..... Y, sin embargo, los beatos hazañeros protestaron de «Tartuffe», protestaron de «La mogigata» y protestan de las obras de Galdós... ¡ Ah!... La causa de Dios para ellos, es la de sus propios intereses. Son hipócritas y malvados, y contestan como Tartuffe á las justas reconvencciones diciendo:

« Vos injures n'ont rien á me pouvoir aigrir
et je suis pour le ciel, appris á tout souffrir.»

¡ Los menguados quieren hacer del cielo manto de sus sentimientos, y no ven que el cielo es azul y transparente y no puede envolver las negruras de sus almas!.....

No es irreligioso, no, el pensamiento de Galdós, al procurar apartar de los conventos á la juventud que no abrigue vocación verdadera.

Más irreligiosa es la solicitud de quien por lucrarse con dotes crecidas sugiere débiles espíritus, y se apodera de voluntades enfermizas.

Y no soy yo radical en mis ideas. Todo fanatismo me es igualmente antipático... En el drama de Echegaray «Dos fanatismos», se presentan encarnados en las figuras de Lorenzo y Martín los opuestos extremos. El uno es de ideas místicas, de inflexible ortodoxia; el otro, de ideas modernas, carece en absoluto de fe religiosa. Y luchan, y las dos tempestades cogen en medio á la hija de Lorenzo, á la pobre Angustias, y la matan á pesadumbres.....

¡ Que no sea España como la pobre Angustias de «Dos fanatismos»! Para evitarlo, hagamos los hombres sensatos lo que hace Berenguer en «La fiera». Mata á D. Juan, que representa la intolerancia religiosa, y á San Valerio, que personifica el jacobinismo, y él huye, huye con Susana lejos de los lugares ensangrentados hacia la paz y hacia la dicha. La creación galdosiana nos presta el ejemplo que debemos imitar.

¡ Vayamos á la serena región de la justicia, donde todos los derechos coexisten y todos los deberes se cumplen! Vayamos al amor, al trabajo, á la concordia. No toleremos en la sociedad ingerencias bastardas que pretendan anular el libre albedrío. No toleremos las influencias dañosas de ciertas congregaciones, pero no toleremos tampoco á los que sueñan con imitar á los revolucionarios franceses, que paseaban con estúpida barbarie las cabezas de sus víctimas sobre sus picas homicidas.....

* * *

Defectos y lunares presenta «Electra» en no escaso número. El primer acto, de exposición lánguida y monótona, no es teatral, y ni satisface ni convence.

En el último, la aparición de la madre de Electra nos parece un recurso poco serio y que deshumaniza la obra, llevándola por caminos fantásticos inaceptables.

La figura de Pantoja es una figura borrosa, en la que no encarna todo lo que debía encarnar. A

ratos adquiere su verdadero colorido, pero en algunos parlamentos, más que un fanático religioso, se presenta como un monomaniaco al que nadie debía prestar la más mínima atención.

Mejor dibujado está el carácter de Máximo, que representa el espíritu progresivo y liberal.

Galdós carece de la habilidad de manejar diestramente las figuras escénicas. No es un *situacionista* como Sardou, si bien tiene en cambio la profundidad en el pensamiento como cualidad distintiva.

* * *

La ejecución fué bastante aceptable. Sobresalió entre todos los intérpretes la señorita Moreno, que obtuvo un ruidoso triunfo en su papel de protagonista. Siempre he sostenido que tan bella actriz reúne condiciones excepcionales, y es acreedora al aplauso como premio de su labor artística.

Con «Electra» se ha puesto en primera línea, y ha demostrado su talento y la flexibilidad de sus facultades.

El Sr. Fuentes nos pareció un tanto frío, aunque hay que reconocer es un actor natural que no emplea amaneramientos ni latiguillos.

El Sr. Valero estuvo muy bien en su antipático papel de Pantoja, y los demás procuraron llenar discretamente su cometido.

PRÁXEDES ZANCADA.

BANQUETE

En honor á los hermanos Quintero y de Jacinto Benavente se reunieron el día 28 del pasado mes, en el restaurant del café Inglés, numerosos amigos y admiradores, para celebrar el triunfo teatral logrado por los autores de *Los Galeotes* y *Lo cursi* en la presente temporada.

Figuraban entre los concurrentes la flor y nata de la juventud literaria y ateneista, y excusado es decir que durante todo el almuerzo se hizo un derroche de ingenio y de alegría.

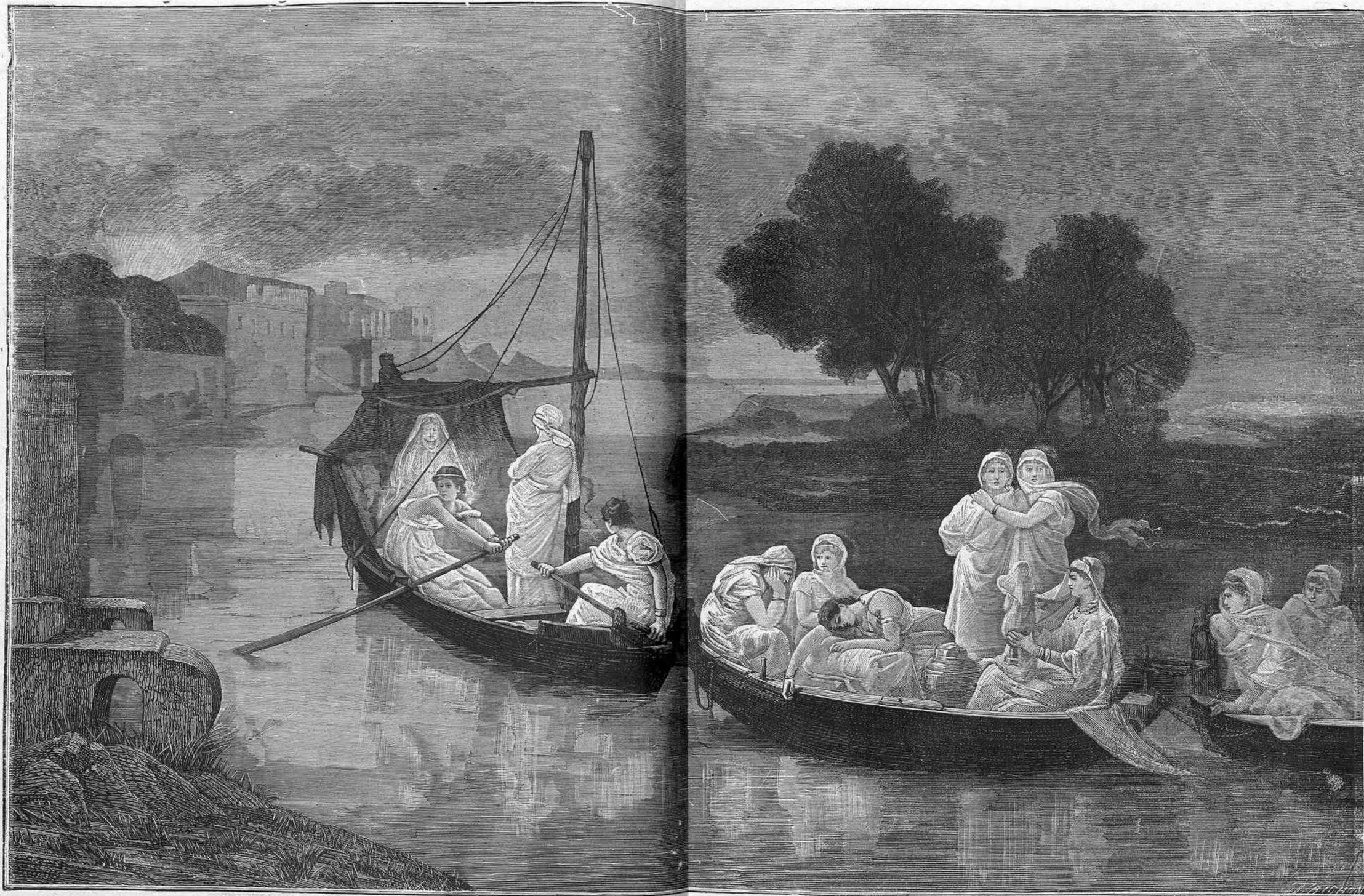
No hubo brindis, pero sí palmas, tabacos y coro para los telegramas y adhesiones de amigos ausentes.

El alcalde de Madrid envió dos soberbios ramos de flores, que fueron remitidos á las señoras madres de los Sres. Quintero y Benavente.

Entre los concurrentes á tan agradable fiesta recordamos á los Sres. Ramos Carrión, García Ortega, Vallés, Caballero, Vital Aza, Picón (D. J. O. y D. J. F.), Dicenta, Yáñez, Arimón, Laserna, Terán, Coello, Beruete, Sicilia (Joaquín), Macías, Vega (Enrique), Saco del Valle, García Alvarez, Palomero, Catarineu, Villegas, Loma, Abati, Val (Mariano de), Bahamonde, Blasco (Wenceslao), Rubio, Reyes (Arturo), Alcaide de Zafra, Gómez Rodulfo, Alvarez Quintero (Pedro), Martínez Sierra, Fernández Shaw, Larra (Luis), Saint-Aubin, Serrano y el Director de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, D. Práxedes Zancada.



DON CARLOS DE BORBÓN



LAS VESTALES HUYENDO DE ROMA AL APROXIMARSE LOS GALOS

EN LA VEGA

NOVELA DE COSTUMBRES GRANADINAS

FOR

JOSÉ DE LAUGI

—Ahora venga una pa mí, que este lechuzo mos va á perder la fiesta!

Siguió la guitarra su pausado rasgueo y cantó el nuevo bardo, sin quitar la mirada de una gentil zagalona:

Los ojo de mi morena
son dos roscas por lo grande,
y yo que los estoy viendo,
me estoy muriendo de hambre.

—Niño, viva tu mare y er cura que la casó y hasta el monago!

Siguió el bailoteo, las coplas y la fiesta, y para desdicha mía, como cronista, no hubo una mala bronca ni cuatro facazos que dieran á la juerga ese sello convencional de las expansiones andaluzas.

No hubo tiros ni navajas, y sin embargo, fué una fiesta muy divertida y muy de la tierra.

A las doce terminó todo el jolgorio y los recién casados se retiraron á la nueva vida.

VII

EL SANDIAR

Seguía el sol tostando nuestras epidermis con las fuertes caricias del mes de Agosto y comenzaban á resentirse los frutos de lo medido y justo del riego. Fué menester en más de una ocasión recurrir al agua de la arquesa que mandaban á Santafé por el Genil, y con esto se logró contener el peligro que amenazaba.

Habíamos intimado mucho mi tío y yo. Salíamos á menudo por la jurisdicción del cortijo contándome él sus proyectos é intimidades; en plena Andalucía se consideraba un temperamento exótico; no había logrado fundir su carácter serio y enérgico con el andaluz, y sufría viéndose cada vez más aislado. Algo había, no obstante, que le retenía en aquella tierra; quizá fuese el sol, que acariciaba su curtida piel como en las soledades de América, quizá la tristeza de volver á encontrar su pueblo natal sin los amigos y parientes que allá dejó de pequeño. No sé lo que pasaría; lo cierto es que nunca hablaba de volver á Castro, y que á veces yo sospechaba si era su propio contraste lo que detenía á tío Damián en los esplendores de la Vega.

Era en el mes de Agosto costumbre de Granada, acudir á la caída de la tarde á cualquier sandiar á refrescar y bromear un rato de descanso. Las labores eran ingratas y penosas; recuerdo perfectamente la impresión que me produjo la siega del cañamo, que se corta al ras de la tierra, obligando á los pobres segadores á doblarse enteramente arrastrando sus brazos sobre la tierra como si quisieran abrazar una y otra vez á aquella madre que, si amorosa da frutos fecundos por el trabajo, abre también su seno para el eterno descanso de sus anónimos hijos; ¡pero cómo hay que luchar antes de arrancarla sus frutos y antes de que nos abra sus brazos!

Cuando vencida la tarde y ya pasado el crepúsculo regresábamos al cortijo fatigados por el paseo, nos reuníamos frente á la puerta amos y arrendatarios, y aspirando los embalsamados efluvios de la vega y el aroma suave de los dompedros que adornan la fachada del San Ignacio, dejábamos que las estrellas brotasen poco á poco de la naciente oscuridad del cielo, que las luces de Granada brillasen recostadas en la suave colina y que el silencio arrullase nuestro sueño, silencio que á veces parecía inundar nuestra alma de cierto misterioso y mudo canto, algo que no percibieran nuestros oídos y oyerá nuestro espíritu, una armonía infinita que nos hacía estremecer de gozo, algo en fin que se oía sin oírse, quizá parecido al silencioso ruido de esas enormes caracolas que en su silencio nos dicen algo que llega á impresionarnos, ¡qué sé yo!; juraría oír en las plácidas noches del mes de Agosto un canto tan sublime y tan hermoso, que incomprendible para nuestros sentidos, llegase al fondo del alma.

He nombrado antes los sandiars, y no quiero dejar de contaros una de mis habilidades hasta entonces ocultas por falta de objeto. Era este mi asombroso acierto para reconocer las sandías en su completo estado de madurez. Jamás cortador alguno tuvo más habilidad que la mía; cogí como un diapason el cabal sonido de la fragancia y me hice tan famoso, que me pasaba todo el día reconociendo sandías, con gran satisfacción y contento de mi amor propio y de nuestros labradores, que se aprovechaban de tal acierto.

Adquirían los frutos tamaños extraordinarios. Al-

gunas sandías pasaban bastantes libras de la arroba, y daba gusto ver su color de grana encendido donde las innumerables pepitas parecían ser la promesa de que aquel hermoso fruto no se acabaría nunca.

Llegué una de aquellas tardes á un sandiar próximo, con tal calor y sed, que se me antojaba ser ambrosía el delicioso jugo de tal fruto, cuya carne fresca é incitante soñaba saborear, remojando mis sedientos labios.

No hice más que apearme de mi caballo y abandonar las riendas en manos del labrador, que se desahacía en bienvenidas y saludos, cuando las indiscretas risas que de la cabaña salían me hicieron estremecer de sorpresa. No cabía duda; aquella manera de reír burlona y provocativa, era la de mi amada vecina, la de mi pasado ensueño de unas horas, que volvía á impresionarme del mismo modo, trastornando mi razón con el influjo de su alegría.

Salió la mujer del labrador, y tras de ella salieron madre é hija. Yo me hice el distraído sin atreverme á reconocerlas, mirando el botijo que colgaba del techo de cañas, brillante por el agua que á su través rezumaba.

La mujer del dueño se acercó cariñosa hacia mí, diciéndome con su melosa voz:

—Dichoso los ojo que ven á su merzé, señorito Pablo; ¿viene á probá una güena asendría?

—Sí—respondí algo más tranquilo:—pasaba por aquí, y tan hermosas las he visto que he sentido ganas de refrescarme.

—Pues me saca usted de un compromiso—añadió *Piletas*, que así se llamaba de apodo el labrador,—porque estas señoras vienen á lo mismo, y quié mi mala zombra que no haya llegao dentavía el cortador, así que si usted me ayúa cogemos una que sea fuego.

—Con mucho gusto—respondí fijándome en mi vecina y su madre, á quienes saludé con cierta frialdad;—lo que es que sentiría mucho que no diéramos con la que se busca.

—No hay por qué apurarse; si sale una mala, se coge otra, y en pá—añadió alegremente *Piletas*.

—Bueno; pues vamos á ello, y Dios ponga tiento en nuestras manos.

Dejamos á las tres mujeres charlando y á los hijos de *Piletas* que jugaban con el cerdo, tan llenos de churretes y porquería que las ganas de comer sandía luchaban con la repugnancia del estómago.

Escogimos dos hermosos frutos, y cada cual con uno, regresamos al sandiar, más ufanos que si en nuestras manos llevásemos dos pepitas de California.

Volví á disculparme, temeroso de un chasco, que en tal situación me hubiera mortificado mucho, y mi adorada vecina, que parecía deseosa de quedarse con el primero que cayese, exclamó con el mismo acento que tanto me había impresionado en la era:

—A vé si han ido ustedes por sandías y se traen unos coquitos.

Yo me puse colorado como si fuera mi cara la sandía y fuéramos á verla los colores, y con rara espontaneidad, quemado por la sonrisa de aquella muchacha que tanto contrastaba con mi seriedad montañesa, exclamé galantemente:

—Dificillito será que resulten encarnadas al lado de esos labios tan bonitos.

—Vamo—interrumpió ella,—que usted no sabrá escogé sandía, pero exagerará ya zabe.

Me quedé absorto mirándola; ¡qué había yo, infeliz, de exagerar, cuando al sonreír de aquellos labios, se retorció mi alma enredada en los hoyuelos de su cara!

Cogí ligero la navaja; sus muelles crugieron como hambrienta boca que se abre deseosa de víctima, y antes de que su punta abriera boquete en la hermosa sandía que sobre la mesita puse, exclamé confiado en la suerte:

—Para ustedes va.

Y como si la sandía no me quisiera dejar en mal lugar, ó manifestase así su asombro ante tan gentil *mozuela*, crugió ante el filo de mi navaja con ruido agradable de madurez, y antes de llegar á cortarla enteramente, estalló con fuerza, ofreciendo su carne fresca y esmaltada de negras pepitas, y su corazón rojo furioso, como los claveles reventones de mi ventana.

—Vamo, hijo—exclamó la niña, que no podía estar callada,—esta vez ha quedao usted que ni el Gran Capitán.

Yo, agradecido á tal piropo y sintiéndome tan

conquistador como el citado guerrero, corté una tajada de una de las mitades y se la ofrecí galante á la madre, que charlaba con la mujer de *Piletas*; luego de la otra mitad corté circularmente el corazón libre de pepitas, que parecía decir «comedme», y clavado en la punta de mi navaja se lo ofrecí á mi tormento.

Pero cuando creí que ella lo iba á coger agradecida, exclamó tan impasible:

—Gracias, no tengo ganas.

Debí de poner muy mal gesto, quizá asomé el rubor á mi cara, porque tan inopinada fué la cosa, que me quedé sin saber qué decirle. Algo más sereno, la dije con acento suplicante:

—¿Ni este corazón acepta usted de mí?

Ella sonrió satisfecha de aquellas palabras, y menos huraña me dijo:

—¡Vaya con Dios y qué pelma que es usted! Ni que fuera esa sandía la bola del Niño Dios.

—No será tanto, pero para mí como si lo fuese. Además, quiero que en su boca se avergüence de sus colores.

—Venga, pues, por guasón y lata—y añadió con su dulce sonrisa:—Tomaré un poquito nada más.

Y con su hechicera boca cortó un minúsculo bocado, tan igual y perfecto, que parecía el reborde de una bacía de barbero. Yo, entonces, sacudido por ese impulso boricote que á menudo me asalta y de que luego reniego arrepentido, cogí el resto del corazón, y sin reflexionar, metí en mi boca aquel semicírculo gracioso donde sus pequeños dientes dejaron su huella, dando tal mordiscón, que dejé el pedazo de sandía como un cuarto de luna.

Ella no pudo contener la risa y rió, rió mientras que yo, avergonzado, me limpiaba la cara; y animado por su risa y contagiado por aquella alegría, hablaban sin saber lo que decía, contestaba á sus burlas intencionadas, me sentía tan andaluz como los nacidos bajo el Generalife que en el fondo de la Vega lucía al sol poniente, y me parecía que al despedirse el astro rey en el horizonte era aquel día mucho mayor que fué siempre, y que sus rayos eran más brillantes y puros, iluminando á la Vega con sus resplandores vivísimos, mientras sentía estallar en mi pecho un amor contenido y potente, una pasión que llenaba la inmensa planicie de nuevo espíritu de felicidad y que salía de mi pecho por mis encendidos ojos y mis labios balbucientes...

VIII

LA BUENAVENTURA

—Zeñorito, párese usted un momento; ¿quié usted oír la buenaventura?

—No, gracias. ¡Arre, burro!

—Párese usted un minuto y no vaya tan de prisa, que va usted más ligero que un misto al encendese.

—¡Arre, buurro!

—¡Zeñorito, que va usted á sabé los secretos de una mozuela que está loquita por sus quereres!

—¡Só, burro! Diga usted lo que quiera, pero que sea de prisa, porque me esperan.

—Pues deme una perra gorda pa mis churumbelos que están mortecicos d'hambre.

—Tómala y despacha.

—Ahora póngame una peseta en esta mano pa que sirva de testimonio á lo que digo.

—¡Arre, burro! Hemos acabado.

—Vamo, no sea usted roñoso, que no van á quererle las mosuelas.

—Es que no llevo dinero.

—¡No diga su mercé esas cosas llevando un burro tan majo, que parece usted el mismo moro Tarfe de la Toma!

—¿Quieres otra perra y me la dices?

—¡Con tal que no pida usted muchas cosa!

—Las que quieras decirme.

—Pues venga esa perra.

—¡Ahí va!

—¡Y ahora la otra mano, la que está más cerca de los quereres!

—¡Acabaremos hoy!

—¡Jezú y qué ligero que es el niño!; desliando una madeja quisiera verte.

—Bueno, déjate de bromas y al grano.

—Al grano quisiera yo dir, que no hemos recogío hogaño ni dos cuartillas de trigo.

(Se continuará.)

Á UNA MUJER

No te acerques á mi vera,
no te acerques, no te acerques,
soy sombra de manzanillo,
que aquel que la goza muere ;
árbol soy que, airado, mata
al que á su sombra se duerme,
manantial en cuyas aguas
veneno encuentra el que bebe ;
no te acerques á mi vera,
no te acerques, no te acerques,
y no quieras, niña hermosa,
unir tu suerte á mi suerte,
que yo soy muy desgraciado
y tú muy feliz ser debes.
Déjame que vague errante ;
¡ á Dios pido que me dejes !
y que, cual débil arista,
los huracanes me lleven,
y que los mares me acojan
y que en las rocas me estrellen.
Yo no sé qué maldición
¡ ay ! pesa sobre mi frente,
que en las sombras de mi vida
ninguna luz entrar puede,
que con fuerza las disipe
y que el alma mía alegre.
Si busco calma, no la hallo ;
si surco el mar, se embravece ;
si miro la luz, me ciega ;
si cojo una flor, no huele.
Mi corazón y mi brazo
con la desgracia se atreven,
que ella misma los ha hecho,
para resistirla, fuertes ;
y si el amor me traiciona,
y si la amistad me vende,
ni por eso me acobardo
ni humillo mi altiva frente ;
pero solo... ¡ siempre solo !,
que si á mi lado estuvieses,
¡ oh, mujer de mis amores !
al yo desgraciada verte,
temblara por tí mi alma,
que al pensarlo se estremece,
y entra un terror á mi pecho
que le domina y le vence.
Tú, más buena que una santa ;
tú, tan bella, que pareces
la realidad de un ensueño,
dichosa y feliz ser debes,
y gozar mucho del mundo,
que sus venturas te ofrece,
y de los cielos azules,
y de los campos tan verdes,
y del amor casto y dulce
que en los pechos nobles prende.
No quieras, no, niña hermosa,
unir tu suerte á mi suerte ;
la luz no se une á las sombras
ni el fuego se une á la nieve ;
sigue, sigue tu camino,
que no debo detenerte...
Déjame que vague errante,
¡ á Dios pido que me dejes !,
y que, cual débil arista,
los huracanes me lleven,
y que los mares me acojan,
y que en las rocas me estrellen.

LUIS BRUN.

ATENEO

Próximamente empezarán sus tareas las secciones de esta Sociedad.

En la de ciencias históricas disertarán los jóvenes abogados D. Juan José Conde Garay y D. Práxedes Zancada, el primero sobre el antisemitismo y el segundo sobre la influencia de las bodas reales en la Historia de España.

A ambas conferencias promete asistir numeroso público.

Nada decimos de los citados trabajos por las relaciones de amistad que nos ligan con los Sres. Conde y Zancada ; pero seguros estamos no han de defraudar la expectación con que son esperados entre las personas que concurren al Ateneo.



BOLSA DE MADRID.—SALÓN DE CONTRATACIONES

ALBORADA

Del precioso libro, publicado, *Primaverales*, del que nos ocuparemos en el número próximo:

Mirad qué hermoso cuadro : por Oriente,
muestra Febo su faz iluminada,
la sombra á su fulgor huye espantada,
cediendo su dominio tristemente.

¿ No véis cómo se oculta en Occidente
la diosa de la noche avergonzada,
contemplando en silencio la alborada,
ocultando el rubor de su ancha frente ?

¿ No véis las avecillas que, entonando
sus salmos de placer á los albores,
por las ramas gozosas van saltando ?

¿ No véis cuánta belleza ? Hasta las flores,
su broche diminuto desplegando,
en silencio le ofrecen sus amores.

EDUARDO TEJERINA GAMARRA.

LLORARES

Que te apartase de mí
le he perdonado á la muerte,
por ser ella la encargada
de reunirnos para siempre.

Nunca contengas el llanto
de quien padece aflicción.
¡ Que va envuelto en cada lágrima
un átomo de dolor !

Tan solo puede cantar
quien los pesares ignora,
pues todo el que sufre mucho
si se pone á cantar, llora.

Cuánto envidia á los que luchan
por conseguir su ideal...

Como yo perdí el que tuve,
¿ para qué quiero luchar ?

MARIANO MARZAL Y MESTRE.



LAS NOCHES DEL REAL

Este año el teatro Real se halla todas las noches muy animado y ocupadas casi todas las localidades por un público tan selecto como numeroso.

Dos estrenos de óperas nuevas se han verificado durante la temporada: *Tosca*, de Puccini, y *Werther*, de Massenet. Las dos han sido muy bien acogidas por el público inteligente.

Ha tenido la empresa del Real el acierto de presentar dos artistas españoles de mérito extraordinario. Julián Biel, que era ayer una esperanza y hoy es una realidad, y María Barrientos, cuya voz y cuyo arte han embelesado á los espectadores del regio coliseo. Hace algunas noches debutó en el *Rigoletto* el célebre tenor Marconi, y no hay que decir que estuvo verda-

deramente incomparable en su papel. En la misma obra demostró una vez más nuestro compatriota Blanche lo justo de su fama.

El público comprende los sacrificios que la empresa se impone en su constante deseo de levantar el prestigio del primero de nuestros teatros, y de procurar que desfilen por su escenario todas las principales notabilidades artísticas, y justo es reconocer que corresponde á esos sacrificios premiando con su asistencia el celo y la solicitud de que la empresa está haciendo gala. Si fuéramos á hacer una lista de las personas conocidas que acuden al teatro Real, llenaríamos gran parte de nuestro periódico. Bastará decir que allí se da cita la *crème* de nuestra sociedad: aristócratas, políticos, banqueros, todo lo que vale y lo que representa, y para animación y ornato de la sala, una colección de mujeres hermosas, elegantemente ataviadas, y que, amantes del divino arte de la música, se entregan con fruición á un solaz tan agradable.

El turno más concurrido es el tercero. En él hay días de estar el teatro completamente lleno. No quiere esto decir que los otros turnos estén desanimados, pues este año la sala del teatro Real nunca se ha visto vacía.

Una novedad sumamente graciosa ha introducido la empresa, y es dar los libretos de las óperas que se representan en estilo festivo. Esos libretos están siempre escritos con mucho gracejo, y muchos de ellos son de-

bidos á la pluma del genial escritor, tan conocido en el mundo de las letras, Sr. López Marín.

No se duerme, no, la empresa del Real sobre sus laureles. Se prepara el estreno de *Sigfrido*, para el que se han pintado preciosas decoraciones. Es de esperar que esa obra del inmortal Wagner gustará tanto como la *Walkyria*. Nosotros felicitamos á la empresa por su brillante campaña, y deseamos que la temporada termine con la brillantez empezada, cosa que creemos ocurrirá.



EL SÍMBOLO

Hay que decir, parodiando á Voltaire, que si el símbolo no existiera habría que inventarle.

¿Por qué?

Porque únicamente valiéndonos del símbolo, lograremos aquí que las gentes se fijen en ciertas cosas y las comprendan.

Lo cual demuestra que las cabezas españolas, lejos de ser tan huecas como algunos suponen, están abarrotadas de perspicacia y sutileza.

Lo voy á demostrar.

Vamos á suponer que al lector ó á mí nos deben una cantidad metálica no despreciable, y que transcurrido el plazo que estipulamos con el deudor, éste no se presenta á liquidar.

Entonces nos dirigimos al Juzgado, extendemos una cita, se la entregamos á un alguacil y éste va con ella á casa del deudor.

Ante la vista del funcionario judicial, que es en este caso un símbolo que no deja lugar á dudas, aquél se da por enterado; pero llega el día del juicio y no comparece.

Segunda citación y segundo desencanto; tercera... y nuestro hombre sin comparecer.

¿Qué representa ese deudor?

Un símbolo: el de la frescura.

Vaya otro ejemplo:

Nos ofende gravemente un sujeto, y con arreglo á las leyes del honor, pretendemos llevarle al campo de ídem.

Se niega él, insistimos nosotros, se vuelve á negar, y en vista de su testarudez, resolvemos aplicarle media docena de bofetadas en cada carrillo, ó sea una docena.

Puede ocurrir que, á pesar de una alusión tan clara y tan contundente, no se dé por aludido, y ahí tienen ustedes otro símbolo:

El de la poca vergüenza.

Por eso he dicho que si el símbolo no existiera tendríamos que inventarle.

Afortunadamente, no sólo existe, sino que estamos en pleno simbolismo.

Desde *Electra*, drama en cinco actos de D. Benito Pérez Galdós, hasta *Caramanchel*, revistero de teatros de *La Correspondencia de España*, todo es aquí simbólico.

¿Qué simboliza el drama de Galdós?

Según mi portero, que es hombre de *mitines*, la lucha entre la pajuela de azufre y el arco voltaico.

Según Sagasta, el pugilato entre Silvela que desea venir, y D. Marcelo que no quiere marcharse.

Hay también quien afirma que, en estos momentos, el verdadero símbolo es D. Práxedes.

Acaso tenga razón, porque la sonrisa del señor Sagasta puede simbolizar cosas muy distintas.

Lo mismo el arco que la pajuela.

Y vamos con *Caramanchel*, porque no es cosa de olvidarle después de aludirle.

¿Qué simboliza éste?

Aunque mi portero no va para cómico ni para autor, se niega á decirlo.

Hablen por él los cómicos y autores á quienes *Caramanchel* azota.

En cuanto á mí, ya que de *Caramanchel* se trata, no quiero dejarme una cosa en el tintero.

Afirma el crítico de *La Correspondencia de España*, que *Electra* es el mejor drama del teatro moderno; afirmo yo que á *Caramanchel* se le ha ido la pluma.

Y conste que el que esto escribe, es tan entusiasta de Galdós y tan partidario de las ideas que en *Electra* expone, como pueda serlo *Caramanchel*.

Pero tengo muy en cuenta que al teatro moderno pertenecen las obras de García Gutiérrez, Ayala, Tamayo y Echegaray.

Continuemos simbolizando.

Con motivo de la traslación del cadáver de la reina Victoria desde Osborne á Gosport, el Gobierno inglés organizó una espléndida naumagüa.

Por disposición del nuestro se alistó para tomar parte en ella el acorazado *Carlos V* (aunque aquí no hemos pasado del cuarto), y el buque se hizo á la mar.

Pero mucho antes de dar vista á las costas inglesas empieza el *Carlos V* á hacerse el remolón, y á pesar de los esfuerzos de su comandante y de la tripulación, hubo que desandar lo andado y volver al Ferrol.

Ustedes creerán que el percance ha constituido una gran vergüenza, ó por lo menos una lamentable desgracia.

Ni lo uno ni lo otro; se trata de un símbolo de los más claros.

La arribada del *Carlos V* al puerto del Ferrol, simboliza que los españoles y los ingleses no debemos ir juntos ni aun á los entierros.

Símbolo de la administración española, ha sido la batalla reñida hace pocas noches entre el pueblo de Madrid y los cables eléctricos; símbolo de la liberalidad de las grandes empresas, la huelga de los empleados de la línea férrea de Madrid á Cáceres; símbolo de la paternidad provincial, lo que ocurre en las Diputaciones de Madrid y Toledo; símbolo del valor de los españoles, jamás desmentido, y del fomento de nuestra arboricultura, la descomunal paliza que se propinaron hace pocos días algunos jóvenes pertenecientes á dos distintas parroquias de una provincia del Norte, y símbolo del frío que hace, que se me ha helado la tinta y tengo que poner á este artículo el punto final.

VINAGRILLO.

Coplas mías.

Quando duermo en mis rodillas
el hijo que abandonaste,
recuerdo llorando el día
que por tu madre juraste
que nunca me olvidarias.

Me tendría que morir
para dejar de quererte,
y habría necesidad
de que no fuera verdad
el más allá de la muerte.

Te juro por mi salú
que de todas mis desgracias
la culpa la tienes tú.

ALBERTO VALERO MARTÍN.

NOTAS DE SOCIEDAD

En los elegantes salones de los Sres. de Marín se celebró el domingo 27 del mes pasado una espléndida fiesta, organizada con motivo del cumpleaños de su encantadora hija María, á quien, por su angelical belleza y por su natural distinción, es de augurar la mejor suerte en la vida del gran mundo.

A las once comenzó el baile, haciendo su salida las ocho parejas del *minué*, cuya danza era una de las solemnidades de la noche; vestidas ellas de medio paso, con lujosos trajes y peinados de época, y ellos de frac y calzón corto de raso, *monocle*, guardaban al ojal y moña con los colores del traje de la pareja. La señorita de la casa, que llevaba precioso y rico traje de raso crema, con ramas y flores pintadas, y lucía alhajas de valor, bailaba con el elegante y simpático Eduardo Santa Ana, hijo mayor del Vizconde de los Asilos, á cuya pareja hacían vis la señorita Fernanda de Moulette, hermosísima, elegantemente vestida de rosa con adornos de encaje blanco, y el distinguido abogado y correcto escritor Mariano de Val.

A la derecha de la primera pareja estaba la de Amparito Latorre y Pepe Luque, cuyo vis lo formaban el joven teniente de Húsares de Pavia José Pagés y

María Gobantes. Ambas, María y Amparito, encantadoras; la primera de raso antiguo color crema y adornos de encaje, y la segunda de seda blanca con flores rosa y luciendo gracioso peinado con tirabuzones colgantes á ambos lados de la cara, que realzaban su belleza. Lolita de Val, cuya figura parecía arrancada de un cuadro de Goya, lucía rico traje de antiguo raso verde mar adornado de gasa bordada y encaje blanco, siendo su pareja el distinguido *sporman* Juan Méndez Vigo, los cuales tenían por vis al joven teniente de Artillería Canga-Argüelles y la lindísima Pepita Cano, cuyo traje, de seda blanca adornado con tisú de plata, realizaba mucho el color rosáceo y nacarino de su semblante. Las otras dos parejas eran las de Ramos y Carmen Navarro, que vestía delicado traje blanco, y Gay con Margarita Retortillo, también guapísima y vestida de seda amarilla con adornos oro.

El *minué* resultó tan bien bailado como lujoso y elegante, siendo de aplaudir Eduardo Santa Ana por su buen acierto en la dirección del baile y en la elección de las figuras, todas ellas de gran efecto, y de las cuales el fotógrafo Sr. Segura sacó algunos grupos.

Tanto como el *minué* se aplaudió luego el segundo atractivo de la velada, que era una contradanza inglesa titulada *The Sprightly*, dirigida por Méndez Vigo y la señorita de Val, y en la que tomaron parte, además de las ocho parejas ya citadas, menos el señor Gay, sustituido por Joaquín Bornás, otras cuatro: Carmen y María Antonia Méndez Vigo con Fernando Urréjola y Alfredo Alvarez, y las señoritas de Latorre con los Sres. Piquer y Madrona; las cuatro muchachas preciosísimas, y con trajes de baile de exquisito gusto.

Quisiéramos decir algo de la espléndida cena y verdadero derroche de Champagne y demás vinos, licores, cigarros, dulces, etc., con que los Sres. de Marín obsequiaron á los invitados, así como también de lo distinguido y selecto de la concurrencia, cuyos nombres sería prolijo enumerar, y de lo muchísimo que se bailó aquella noche, repitiéndose el *minué* y la contradanza y un sinnúmero de rigodones, valse *pas á quatre*, hasta las cinco y media de la madrugada; pero disponemos de poco espacio, y hemos de concretarnos á manifestar, en resumen, que, por la amabilidad de los señores de la casa, por lo distinguido de la concurrencia, por la hermosura de las muchachas, por el lujo y la animación de todos, resultó inolvidable la fiesta.

Sin embargo, no podemos menos, siquiera sea con el perdón de los que involuntariamente omitamos, de citar los nombres de los Sres. de Tegero y de su angelical hija María Luisa, señora y señoritas de Suárez Inclán, Canga-Argüelles, Alverá, Débas, Morales, Latorre, Cano, Gobantes, Retortillo, Ojeda, Fernández Celis, Castañeda, Sardá, y de los señores Manuel Alcázar, Santiago Otero, Ricardo Marín, José Pando, y...

UN SERVIDOR DE USTEDES.

NOTAS DE SPORT

(CRÓNICA)

Al igual que las establecidas en el extranjero, ha quedado constituida la Sociedad Fotográfica de Madrid.

El local en que se ha instalado es en la calle de las Huertas, esquina á la del Príncipe.

La nueva Sociedad cuenta ya con 135 socios. La cuota de entrada está suprimida por ahora, y la mensual es de cinco pesetas.

La Junta directiva la forman los siguientes señores socios:

Presidente honorario, D. Santiago Ramón y Cajal.

Presidente efectivo, Sr. Conde de Agüera.

Vicepresidentes, D. Andrés Ripollés y D. Antonio Cánovas del Castillo.

Vocales: D. Nazario de Caloange, D. Francisco Delgado, D. Emilio Giraldes, D. José Bonafós, don Luis Sení de Echaluze y el Sr. Conde de Manila.

Secretario, D. Telesforo Pérez Oliva.

Vicesecretarios, D. Angel Redondo de Zúñiga y D. Luis Badolato.

Tesorero, D. Mariano Peiro.

Bibliotecario, D. Juan Gutiérrez.

* * *

En un *match* de 10 kilómetros, con entrenadores, celebrado recientemente en París, ha salido vencedor el célebre campeón Jacquelin, quedando derrotado el conocido *amateur* francés Mr. Baugé.

Jacquelin cubrió el *record* en 16 minutos y 11 segundos.

Pocos días antes había ganado Jacquelin una carrera de 1.000 metros en el Hipódromo de la capital francesa, habiéndole disputado el premio los corredores Gagne, Delen, Fossier, Guinard, Bounevie y otros tres.

* * *

En el Círculo de la Unión Francesa se celebró el día 26 un asalto de armas en honor del reputado maestro Mr. Merignac.

La fiesta resultó brillante.

Concurrieron los notables tiradores Sres. Huete, Roque, Doucoussou, Martín, Pardisic, Bourdette, Calzado, Domínguez y los niños Fernández.

Formaban el tribunal los marqueses de Heredia, Villalobos y Cabriñana.

Felicito por tan agradable velada al presidente de la Sociedad, Mr. Barle, así como á Mr. Merignac, quien nos demostró de nuevo que es un verdadero maestro en el difícil arte de la esgrima.

* * *

El automovilismo está de moda. El ejército francés ha adoptado el automóvil como medio de tracción para su artillería ligera, ambulancias sanitarias y carros de provisiones.

En Bélgica hay líneas de trenes automóviles. En los Estados Unidos se emplea el automóvil-arado para roturar los campos.

Y hasta en España han sido pedidas al Ayuntamiento de Madrid, en lo que va de siglo, siete licencias para poder circular otros tantos automóviles de alquiler.

* * *

Entre las distintas expediciones que se proyectan durante las fiestas de Carnaval, figura una excursión *esport-científica* á Toledo.

Yo daré cuenta á mis lectores del resultado de la misma.

JUAN JOSÉ LÓPEZ SERRANO.

Polvos Dentífricos de Botot

EXIGIR LA MARCA BOTOT 17, r. de la Paix, París. Es venta en todas partes.

Eau de Botot

DENTÍFRICO ANTISEPTICO SUPERIOR. EL SOLO aprobado por la Academia de Medicina de París, 17, r. de la Paix, París. EN VENTA EN TODAS PARTES.



La distinción de una mujer se conoce, no solamente por su *toilette*, sino también por sus perfumes; así es que nuestras más bellas artistas no vacilan en emplear la **Crema**, los **Polvos de arroz** y el **Jabón** á la **Crema de Simón**, tan universalmente reputadas.

Exigir el nombre del inventor, **J. Simón**. Medalla de oro en la Exposición Uníversal de París de 1900.

MEMORIAS DE GORON

RAVACHOL

Acaba de aparecer este cuarto tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policía de París.

Traducción de RICARDO VINUESA

Ilustraciones de ROJAS

También se ha puesto á la venta la TERCERA EDICIÓN del primero, segundo y tercer tomo.

Precio del volumen: TRES PESETAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos. Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Váridos, Congestiones, etc. Dosis ordinaria: 1 á 3 granos. Noticia en cada caja. Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABR. CANTES. París, Farmacia Leroy y principales P^{as}.

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA

Trimestre.....	4,50 pesetas.
Semestre.....	9 »
Un año.....	18 »

EXTRANJERO

Semestre.....	12 »
Un año.....	24 »

Compuesto en las máquinas LINOTYPE

ROMERO, IMPRESOR. — LIBERTAD, 31

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA DE BARCELONA

A partir del mes de Noviembre de 1899 quedaron organizados en la siguiente forma:

Dos expediciones mensuales á Cuba y Méjico, una del Norte y otra del Mediterráneo.

Una expedición mensual á Centro América.

Una expedición mensual al Río de la Plata.

Una expedición mensual al Brasil con prolongación al Pacífico.

Trece expediciones anuales á Filipinas.

Una expedición mensual á Canarias.

Seis expediciones anuales á Fernando Poo.

156 expediciones anuales entre Cádiz y Tanger con prolongación á Algeciras y Gibraltar.

Las fechas y escalas se anunciarán oportunamente.

Para más informes, acúdase á los Agentes de la Compañía.

El Anuario de la Exportación

PARA 1901

(4.º AÑO DE SU PUBLICACIÓN)

Recomendado por Reales órdenes de los Ministerios de Estado y Hacienda, es el más importante de España porque contiene **450.000** señas comerciales de casi todas las naciones de Europa (entre las que merece citarse **España** por la extensión y exactitud de sus direcciones) y toda la América; Aranceles de Aduanas de dichas naciones; tarifas internacionales de transportes, información para el desarrollo comercial, estadísticas, etc., etc.; inserta **gratuitamente** las señas de todo comerciante, industrial, empleado, propietario, profesor, abogado, notario procurador, arquitecto, médico, etc., que lo solicite. Precio del **Anuario** por suscripción: En Barcelona, **10** pesetas; fuera de Barcelona, **12** pesetas.—Pídanse las tarifas de anuncios.

Paseo de Isabel II, número 8 y calle Llauder, número 1

Lozano.—Bicicletas.

La mejor casa de España.—Economía y perfección.

Gaceta Balneológica

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Esta nueva publicación, editada con gran lujo, aparece los días 15 y 30 de cada mes. Está dedicada exclusivamente á tratar las cuestiones *balneológicas*, tanto en su aspecto terapéutico como en el industrial.

Temas á desarrollar en esta publicación

Hidrología Médica.—Climatología.—Higiene.—Hidroterapia general.—Mecanoterapia.—Electroterapia.—Establecimientos de Aguas minerales.—Sanatorios.—Playas marítimas.

Y especialmente cuanto se refiere á la

INDUSTRIA BALNEARIA

Se remite un número de muestra á cuantos lo soliciten directamente de la Administración.

Arco de Santa María, 47.—Madrid.

(CASA ESQUINA Á LA CALLE DEL BARQUILLO)

CALLIFLORE FLOR de BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro. **En la Perfumería Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, París** y en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de *Dorin*, París, para la *Perfumería Frera*, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la *Academia de Medicina* de París.

DEPÓSITO: PERFUMERIA FRERA, CARMEN, 1

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.
adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.
LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado.

Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SAS- trería de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZ- quez. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFEC- tos que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA HURÍ.—CORSÉS DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el **CABELLO** y la **BARBA**, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

LIBRO UTILÍSIMO

Hemos recibido el *Manual del aspirante á cabo de infantería del Cuerpo de Carabineros*, que con gran aceptación empezó á publicarse en Septiembre del año anterior, en folletín, por el *Progreso Militar*.

El libro es de suma utilidad, pues en unas 260 páginas están comprendidas, por papeletas, todas las asignaturas que, con arreglo á programa, deben estudiarse para presentarse á examen en las Comandancias, evitándose con ello los gastos que reporta la forzosa adquisición de las muchas obras que para el caso se necesitan, además de lo fácil que se hace el estudio en la forma metódica en que aquél está escrito.

Sólo lo antes expuesto da á comprender el carácter de la obra, no siendo necesario hacer de ella elogio alguno, pues su utilidad se ve en el beneficio que produce á la clase á que está destinada.

Se halla de venta en la administración del *Progreso Militar* al precio de dos pesetas, con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores á dicho periódico. Los pedidos pueden también hacerse al autor, Isidoro Moreno, Comandancia de Carabineros de Algeciras